FERNANDO PRADO AYUSO, CMF
DONOSTIAKO GOTZAINA
OBISPO DE SAN SEBASTIÁN

NUESTROS SEMINARISTAS

Carta pastoral a la Iglesia que peregrina en Gipuzkoa

Queridos hermanos y hermanas:

Desde que llegué a la diócesis, hace ya casi tres años, muchos días por la tarde entro a la Catedral y me pongo a orar un rato ante la bella imagen del Buen Pastor. Ante él, una idea en forma de oración viene a mis labios y a mi corazón. Quizá con otras palabras, pero viene a ser algo así: «Señor, tú nos cuidas como a esa oveja que acaricias con tu mano. Mira con amor a tu Iglesia que peregrina en Gipuzkoa y, si tú lo quieres, haz fecunda nuestra espera. En tu corazón ya están nuestros seminaristas y sacerdotes del mañana: cuídalos, fortalécelos, prepara su 'Sí'».

Puede resultaros extraño que os escriba una carta sobre nuestros seminaristas cuando actualmente no hay ningún joven preparándose para el ministerio sacerdotal en nuestro seminario diocesano. ¡A qué loco se le ocurre escribir sobre los seminaristas que no tiene! Alguno pensará que el obispo anda trastornado. Pues no. Aunque no lo crean, quienes piensan que no tenemos seminaristas están muy equivocados. El Señor trabaja en el silencio, en lo escondido, con el ritmo paciente del amor.

Por eso, cuando hablo de «nuestros seminaristas», lo hago con la certeza de que ya existen, con rostros concretos. Están en el corazón de Dios. No los conocemos todavía, pero Dios sí. Él los conoce; no los vemos aún, pero Él los mira con ternura y los está llamando ya por su nombre. Por ello, yo también los llevo en mi corazón y los espero con paciencia serena y con una confianza inquebrantable.

Cada vocación es una historia de amor, tejida entre el deseo de Dios y la libertad del ser humano. La llamada al ministerio sacerdotal no nace de la mera necesidad, sino del amor; no responde a una estrategia, sino a un misterio. Es la iniciativa de un Dios que sigue diciendo con fuerza: *«Ven y sígueme»* (Mt 9,9).

El difunto papa Francisco decía que la vocación tiene «la fuerza de un amor que atrae, que prende fuego, que contagia». Ciertamente, Dios, que siempre es fiel, sigue encendiendo fuegos en los corazones, también en Gipuzkoa. Por eso esta carta no es una locura. Es una confesión

de fe y de esperanza, compartida por muchos otros hermanos y hermanas diocesanos nuestros que, con esperanza ardiente, oran confiados.

Esta carta, en medio del Adviento, quiere ser una invitación a la confianza en que Dios, que nunca se olvida de su Iglesia, nos dará pastores a su tiempo. Dios tiene a estos jóvenes seminaristas ya en su corazón. Yo también. Si tú no los tienes todavía, te invito a que guardes un lugar para ellos en lo más profundo del tuyo, y que te sumes a quienes oramos confiados al Padre. Con paciencia, con asombro y con una alegría inmensa iremos contemplando su poder, contemplando sus gestos de amor, contemplando cómo enciende ese 'Sí' en algunos jóvenes que, misteriosamente, ya está preparando.

El sueño de Dios sobre nosotros

La Sagrada Escritura nos revela que antes de que existiéramos ya fuimos pensados y amados por este Dios que siempre nos «primerea» y nos precede. Recordemos las palabras del Señor a Jeremías: *«Antes de que te formaras en el vientre de tu madre, yo ya te conocía»* (Jer 1,5). Esa palabra vale también para quienes un día serán nuestros seminaristas y sacerdotes. También vale para aquellas que un día serán nuestras hermanas consagradas y para aquellos y aquellas laicas y laicos que serán padres y madres de familia, trabajadores en todos los campos del mundo, para todas aquellas personas que ofrecerán sus dones y carismas en diversos ministerios al servicio de la Iglesia. Vale, en definitiva, para todos nosotros, pues para Dios nadie es indiferente. Para todos tiene un sueño y un proyecto de vida, una vocación y una misión. «Yo soy una misión en esta tierra y para eso estoy en este mundo», decía el papa Francisco (EG 273).

A nuestros seminaristas Dios los ha soñado desde siempre. Quizá hoy estén en la universidad, o sean niños de la catequesis; quizá se encuentren en una empresa ya trabajando, en un grupo de jóvenes cristianos, en medio de sus grupos de amigos, de sus deportes y aficiones. Viven la vida con sus ilusiones y sus dudas, con sus enredos y sueños amorosos tal vez; quizá sin la consciencia de saber que Dios los mira con predilección y que los ha amado desde siempre, desde el inicio del Universo. Su historia quizá aún está escondida, pero la mirada de Dios ya la contempla como una promesa.

Cuando rezo por ellos imagino a esos jóvenes «normales» —¡qué importante es «ser normal»!— escuchando dentro de sí como una voz que los llama por su nombre y a la que, temblando, responderán: «Aquí estoy, Señor». Esa llamada puede nacer de un momento de oración, tal vez de una Eucaristía vivida con sentido, de un gesto de amor, del testimonio de un sacerdote o de un religioso cercano, o del de unos padres que viven queriendo agradar a Dios. Quizá surja de una fuerte experiencia de perdón, o al observar a la gente y preguntarse para qué viven, para qué se levantan cada mañana o con qué esperanza duermen por las noches; quizá ese fuego nazca de una pregunta sembrada que no se apaga. ¡Quién sabe! Toda vocación es siempre una sorpresa, una irrupción de la gracia divina.

Esperar con fe lo que Dios prepara

El Señor tiene sus tiempos, y, cuando uno menos se lo espera, salta la chispa que todo lo enciende; esa que encenderá en ellos una vida entregada por entero y que llevará luz y calor a sus hermanas y hermanos.

A Dios nada se le escapa. Dios no improvisa. Él prepara lentamente el terreno. Por eso, aunque en este momento no contemos con ningún joven en la etapa formativa del seminario vivo firmemente confiado en que el Señor no duerme. Él, que es el más interesado en encontrar obreros para su mies, ya está trabajando. Lo ha hecho siempre y lo seguirá haciendo, pues «Él es el mismo ayer, hoy y siempre» (Heb 13,8). En mi corazón de pastor se ha encendido esa certeza y estoy persuadido de que el actual momento nos habla de una nueva gestación.

Sabemos que la esperanza cristiana no es pasiva ni ingenua; es una espera activa que prepara la casa para acoger lo que Dios enviará. Mientras el Señor obra en silencio, a nosotros nos toca también colaborar creando las condiciones para que su llamada pueda ser escuchada. Mantengamos la esperanza en que el Señor nos dará lo que nuestro corazón espera. Pidamos la gracia de saber esperar sin desánimo y de mantener viva la convicción de que el Señor está preparando algo que desborda nuestros cálculos y previsiones. La espera, vivida con fe, es ya inicio de la bendición que vendrá.

¡Qué importante es mantener el corazón abierto y confiado! Un corazón como el de María: un corazón que aguarda, que espera y confía. Seamos tozudamente creyentes. En el corazón fiel de Dios late una promesa. Y esa promesa tiene nombre: los futuros sacerdotes de nuestra diócesis de Gipuzkoa.

Sacerdotes del mañana

Soñemos con nuestros sacerdotes del mañana. El seminario los espera. Allí iniciarán un camino para toda la vida y se formarán para ser nuestros pastores en Gipuzkoa. Pero su formación no será meramente un tiempo de preparación para tener un título, sino un camino interior de configuración con ese Jesús pastor a quien quieren parecerse.

Porque el sacerdocio bien entendido no es un título que se posee de una vez para siempre, sino un trabajo siempre en construcción. Por eso, el objetivo de un seminarista no ha de ser simplemente «llegar a ordenarse, sino ser verdaderamente sacerdote» (León XIV).

El pueblo de Dios —con esa sabiduría sencilla que nace de la fe y ese olfato espiritual que tiene— desea que nuestros seminaristas aprendan, antes que nada, a ser hombres de Dios. Los soñamos pastores con corazón: capaces de escuchar con paciencia, acompañar con ternura y sostener la esperanza de todos, especialmente la de quienes caminan con heridas, dudas o mayores cansancios. Hombres que no se escandalicen de la fragilidad humana, sino que la acojan con misericordia.

En el seminario tendrán oportunidad de prepararse intelectualmente, conocer las Sagradas Escrituras, el dogma, la liturgia y el derecho, así como de profundizar en la tradición de la Iglesia. La teología que estudiarán les servirá para comprender mejor su fe y así mejor vivirla. Les ayudará a pasar por la vida y la oración lo que estudian, y, a su vez, a enriquecer ese estudio desde la oración y desde la vida. Por eso la Iglesia quiere que los seminaristas se tomen en serio el estudio, sabiendo que la formación no termina en el seminario, sino que es una tarea que los acompañará toda la vida. Un sacerdote bien preparado, actualizado y atento a su crecimiento humano, intelectual y espiritual, podrá iluminar las búsquedas complejas de los hombres y mujeres de hoy. La acción pastoral en la que un día se empeñarán nuestros seminaristas a cuerpo entero, si no se apoya en una reflexión sólida y en una oración que discierne, corre el riesgo de volverse ciega y empobrecerse. Por otra parte, la reflexión

teológica, por muy alta que sea, si no toca la vida real y no tiene en cuenta el terreno que pisa, puede quedarse en una desencarnada pasión estéril.

Nuestro pueblo espera que los sacerdotes del mañana sean generosos servidores de la Palabra y de la ternura de Dios, no simples administradores o funcionarios de lo sagrado. Quiere ver en ellos humildes testigos, compañeros de camino, no líderes distantes. Hombres capaces de atender, nutrir y animar la vida comunitaria; de celebrar con unción la Eucaristía y servir los demás sacramentos, de descubrir y hacer florecer los dones de cada bautizado y armonizar los carismas y ministerios en la comunidad. Hombres capaces de trabajar junto con los demás, convencidos de que esta Iglesia misionera la construimos entre todas y todos, en corresponsabilidad sinodal y en comunión, como nos lo viene pidiendo e insistiendo el Sucesor de Pedro, nuestro papa León XIV, desde el inicio del pontificado

El pueblo de Dios espera, ciertamente, que nuestros seminaristas aprendan a ser constructores y testigos de comunión: cercanos a todos, unidos a su presbiterio, a su obispo y al Papa. Que vivan la fe con hondura y la misión con alegría; que amen a la comunidad que algún día se les confiará, que guarden siempre en su corazón a los más pobres y los frecuenten. En definitiva, lo que nuestra Iglesia de Gipuzkoa espera de ellos es simple y profundo a la vez: que sean hombres de Dios, ricos en humanidad.

El seminario, un «lugar fuente»

El seminario es como un «taller» en el que se va aprendiendo mientras se va caminando. Es también un «lugar fuente», un espacio en el que el discernimiento ocupa el centro y donde se profundiza en la relación viva con el Señor, manantial primero de todo don y origen de toda llamada. Por eso es esencial el trato personal y frecuente con Él. Es en esa relación donde se forja lo verdaderamente decisivo. Orando aprendemos a conocer la voz del Señor y a discernir lo que Dios quiere de nosotros. En la oración aprendemos a escucharle, a tener sus mismos sentimientos. En esa relación se depuran y se sitúan correctamente nuestros deseos, se hacen más evangélicos. Su palabra lo va iluminando todo y nos vamos configurando más y más con Él. En la oración, el Señor va convirtiéndose en la relación más honda y preciosa de nuestra vida. ¡Qué conmovedoras las últimas palabras del papa Benedicto XVI en su lecho de muerte! Los testigos afirmaron que lo último que pudieron oír de sus labios fueron estas reveladoras palabras: «Jesús, te amo». Una vida radicalmente unida a Él hasta el final. Ciertamente, el tiempo dedicado a escuchar su Palabra, a «estar» y a relacionarnos con Él es para un seminarista y para un sacerdote, el tiempo mejor empleado en la vida.

El seminario está llamado también a ser una verdadera escuela de vida; una casa donde se cultiva la humanidad y la fe, un lugar donde se aprende a escuchar, a servir y a caminar al ritmo del Evangelio. Allí, la fraternidad no es solo un ideal, sino una tarea diaria: vivir juntos, rezar juntos, celebrar juntos la Eucaristía, confrontarse con la verdad de uno mismo en contraste y diálogo con los demás, en docilidad a sus «hermanos mayores» los formadores y profesores, hombres y también mujeres que ejercen para con ellos una suerte de «maternidad» o «paternidad» espiritual. Así, en ese «taller» de fraternidad y comunión se va confirmando en el corazón de los seminaristas «la alegría de saberse llamados por Dios, aun en medio de fragilidades y dudas» (León XIV). En el seminario se irá ajustando y fraguando el proyecto de vida que Cristo tiene pensado para ellos y se irán purificando sus intenciones y su vocación. Allí descubrirán nuestros seminaristas que la grandeza del sacerdote no está en lo que hace, sino en cómo ama.

Sueño con un seminario serio y alegre, fraterno, profundamente evangélico, donde cada joven sea acompañado en su verdad. Un seminario que no sea una burbuja profiláctica; un espacio abierto en relación con la sociedad y con las comunidades cristianas, en el que los seminaristas —entre el estudio y la oración—, puedan conocer sobre el terreno la vida real de la gente y relacionarse sanamente con ella.

A ti que estás en este discernimiento

Si eres un joven que estás en ese momento de discernimiento vocacional, e intuyes que lo tuyo puede ser una vida célibe y entregada en el ministerio sacerdotal, tan sólo te diría una cosa. La Iglesia no te quiere perfecto, y mucho menos que creas que lo eres más que los demás. Quiere que seas «normal». Que tengas la madurez que has de tener para tu edad. Ni más ni menos. Eso sí: te quiere profundamente enamorado de Jesucristo y de su Iglesia. Pero enamorado de verdad. Así que no quieras venir al seminario con un entusiasmo, sin más. Si vienes, vente seguro de lo que haces, con la intuición profunda de que este es tu camino y con el firme deseo de perseverar. No vengas con la casa desordenada, o huyendo de cosas serias, bien sean afectivas, familiares o sociales que puedas tener sin resolver. El seminario y la posterior vida sacerdotal no son nunca un refugio en el que encontrar amparo y solución a tus problemas.

Evidentemente, la Iglesia no espera de ti que lo tengas todo absolutamente claro ahora. Lo que espera de ti es una vocación sincera, con pureza de corazón, con una pasión clara por seguir a Jesús, por ser y vivir como Él. Tu entrega así será libre, no estará atada a intereses o miedos. El seminario te acompañará poco a poco a que en ti vaya madurando más y más esta decisión; irá limando, trabajando y ayudándote a fortalecer la vocación. En definitiva, te acompañará para que, humildemente, puedas reproducir en ti la imagen de Jesús pastor —siempre de manera limitada e imperfecta— y ser un verdadero testimonio de fidelidad y de amor.

El camino no será fácil, te lo advierto. Dificultades no te han de faltar. Hoy las opciones de vida que suponen un «para siempre» contrastan con el ambiente. Tampoco ayuda mucho la imagen pública de los sacerdotes y de la Iglesia, muchas veces distorsionada y sin duda menos valorada hoy que antaño. Ser sacerdote, además, para muchos familiares y personas cercanas, aunque sean creyentes, no es algo que contemplen en su horizonte. Piensan que quizá otros caminos te harán más feliz.

Permíteme recordarte algo que os decía a los jóvenes sobre este punto en mi carta pastoral al comenzar el Jubileo: «Te invito a que seas tan valiente como confiado. El que te llama no quiere otra cosa para ti que tu felicidad (…) El Señor, que es quien elige, te dará la lucidez, la capacidad y la fuerza necesaria para responder. Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los elegidos. Y mientras vas de camino, sigue formándote, celebrando tu fe, compartiéndola con otros jóvenes; sigue orando constantemente, sin olvidarte de servir a quienes más lo necesitan».

Preparar el terreno

Hablar de vocación es hablar de un encuentro. Toda vocación —especialmente la sacerdotal— nace de un encuentro vivo con Cristo. No hay llamada sin amor, ni seguimiento sin pasión. El seminarista y futuro sacerdote es alguien que se ha dejado seducir por Cristo, al estilo del profeta Jeremías: «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir» (Jer 20,7). Esa seducción no es

una emoción pasajera, sino una misteriosa relación estable y creciente, alimentada siempre en medio del pueblo de Dios.

La vocación no nace nunca de manera aislada. Florece cuando encuentra un entorno familiar y comunitario adecuado que la sostiene, la alienta y la hace posible. Una auténtica «cultura vocacional» requiere comunidades vivas, creyentes, capaces de mostrar con hechos que seguir a Cristo merece la pena. Las vocaciones nacen allí donde la fe se vive y se celebra con alegría; donde se sirve con humildad y donde la vida compartida es signo de esperanza. Así os lo decía en una de mis anteriores cartas pastorales titulada *Nuestros Sacerdotes*: «Cuando hay vitalidad evangélica, el Espíritu fecunda la vida e inspira respuestas generosas». Cuidemos, pues, nuestras comunidades. Cuidar la comunidad es cuidar las vocaciones. Cuidar las vocaciones es cuidar la comunidad.

Realmente necesitamos preparar el terreno y fomentar en nuestra diócesis una «cultura vocacional», que no es otra cosa que crear y alimentar un ambiente propicio para que la vocación sea comprendida como una llamada para todos a descubrir ese «¿para quién soy yo?». Un ambiente en el que cada cual pueda descubrir su lugar y su responsabilidad en la comunidad. Un ambiente en el que valoremos con especial cariño lo que significan las vocaciones específicas de servicio que tenemos en nuestros sacerdotes y personas consagradas. Esto es algo que ha de fomentarse desde la más tierna infancia, con mucha consciencia y constancia en las familias, en las parroquias, en la escuela católica y en toda comunidad cristiana.

Plantear la vocación sacerdotal a los jóvenes no consiste en «reclutar», sino en despertar el deseo de Dios y suscitar preguntas: «Señor, ¿qué quieres que haga con mi vida?» «¿Por qué te has fijado en mí?» La vocación no nacerá de estrategias, campañas o consignas, sino sobre todo del testimonio contagioso de sacerdotes, personas consagradas y fieles en todas las comunidades que respiran fe, alegría y fraternidad. Una Iglesia alegre, servidora y comprometida genera vocaciones de manera natural. Quizá con cuentagotas, pero las vocaciones nacen. Así, mientras el Señor va haciendo su trabajo, nosotros, aun en medio de las objetivas dificultades que encontramos, hemos de seguir poniendo de nuestra parte y hacer lo que nos toca.

Cuando las vocaciones sacerdotales escasean, lo mejor que podemos hacer es presentarle la cuestión al Señor y preguntarle a Él, que es el dueño de la viña. Las vocaciones son un don, un regalo que se espera, no una exigencia nacida de nuestra ansiedad. Sería un gravísimo error plantear la pastoral vocacional desde la angustia o la ansiedad, pues solo produciría inquietud y no verdadera disponibilidad. Cuando se plantean las cosas así, en el fondo, quizá hay una concepción del ministerio ordenado distorsionada, demasiado funcional quizá, enfocada en nuestras meras necesidades o urgencias cortoplacistas. No queremos vocaciones angustiadas y ansiosas. ¡Preocuparse sí, sobrepreocuparse no! Seamos creyentes. Dios sabe. Él es el más interesado. Él nos dará a su tiempo lo que necesitemos.

Una pastoral vocacional sostenida por todos

Nosotros, mientras, no bajemos nuestro compromiso. «A Dios rogando, con el mazo dando»: esa ha de ser nuestra actitud. Sin duda es importante mirar con sinceridad nuestras comunidades y dejarnos conducir por un camino de conversión que nos lleve a ser más evangélicos, más abiertos, más capaces de suscitar vocaciones. Hemos de activarnos más. Lo primero es lo primero. Todo comienza por la oración: que en nuestras familias al bendecir la

mesa, en nuestros encuentros y reuniones parroquiales o de cualquier tipo, que en cada celebración pidamos al Dios providente que infunda en los jóvenes la confianza y la valentía necesarias para responder generosamente si Él los llama. Acompañemos esa súplica con el testimonio personal de una vida vivida como vocación, deseosa de cumplir la voluntad de Dios. Tomarse en serio las vocaciones pasa por tomarse en serio nuestra propia vocación.

Desde mi llegada a la diócesis quise que este empeño fuera un subrayado importante de cada curso pastoral. La creación de la delegación diocesana de Pastoral Juvenil-Vocacional ha sido un paso importante en este tiempo: está trabajando con ilusión y con acierto, ofreciendo a los jóvenes inquietos programas serios de discernimiento y un acompañamiento más específico.

Pero la existencia de una delegación no nos exime a ninguno en particular ni a nuestras comunidades de la responsabilidad de fomentar las vocaciones. Todos somos corresponsables: familias, presbíteros, personas consagradas y seglares… yo mismo, como obispo. Cada uno, allí donde vive y sirve, es ya un anuncio vocacional: nuestra cercanía, nuestro estilo de vida evangélico, nuestra alegría y disponibilidad hablan con más fuerza que mil palabras. También lo hace el simple «estar»: acompañar, escuchar, dedicar tiempo a los adolescentes y jóvenes, enseñarles a servir, a orar, a escuchar a Dios.

Rogando al Señor de la mies

El Señor ya nos lo propuso como prioridad. «La mies es mucha… ¡Rogad al Señor de la mies que envíe trabajadores a su mies!» (Lc 10,2). Orar por las vocaciones es una tarea sencilla que todos podemos hacer en privado, pero también en comunidad. No somos nosotros los que nos damos las vocaciones. Es el Señor el que nos las da. Por eso hemos de pedírselas con toda confianza. Él es mucho más poderoso que todas las dificultades. Estoy convencido de que es el momento de promover en nuestra diócesis de San Sebastián, en todas las casas y familias, en todas las parroquias y rincones de nuestro territorio, un movimiento serio y constante de oración por las vocaciones que nos implique a todos… y, sobre todo, a los jóvenes. El Señor no dejará sin respuesta nuestro empeño.

Pongámonos en marcha. Invito a que en cada parroquia, personas voluntarias y convencidas de esta necesidad se ofrezcan para formar un grupo, por pequeño que sea, que se junte para orar por las vocaciones, específicamente por las vocaciones de especial servicio —ministerio ordenado, vida consagrada— al menos una vez al mes de forma sistemática. Los párrocos podrían acoger a estas personas voluntarias que se ofrezcan y ayudar a formar estos grupos de oración por las vocaciones, facilitándoles el lugar apropiado para ello. Estos grupos de orantes por las vocaciones podrían formarse, si se viera más conveniente, por zonas o unidades pastorales. Serán como esos «centinelas de la mañana» que anuncian una nueva luz y velan por mantener este fuego encendido en medio de nuestras comunidades. Estos grupos de personas que deseen comprometerse podrían comenzar a organizarse y juntarse ya, con la periodicidad que determinen, a partir de Enero. Que no dejen de invitar a participar en los encuentros a sus sacerdotes, a la vida consagrada que se quiera sumar y a toda la comunidad. También a partir de Enero, yo mismo convocaré especialmente a los sacerdotes de la diócesis que puedan y quieran sumarse, así como a los jóvenes y a toda la comunidad diocesana, a orar conmigo por esta intención una vez cada dos meses en la Catedral. Se anunciará con tiempo el día y la hora. Una vez al año, los «centinelas de la mañana» serán convocados a un encuentro oracional y festivo. En nuestra Catedral del Buen Pastor, encenderemos una llama perpetua y dedicaremos un rincón especial en ella para orar por las vocaciones.

Así podemos preparar el terreno. Así podemos mantener vivo el fuego y fomentar esa «cultura vocacional»: no desde el esfuerzo aislado, sino desde la vida de la comunidad que acoge, escucha, acompaña, ora y celebra lo que Dios hace. Allí donde una comunidad ora por las vocaciones, allí está el seminario. Allí donde un joven sirve con alegría, donde una familia vive la fe, donde un sacerdote entrega su vida con sencillez y alegría, allí se está gestando una vocación. Nadie se siente atraído por el desaliento, pero sí por la alegría serena de quienes han encontrado un tesoro y lo custodian con amor. Mientras llegan los seminaristas, mantengamos encendido ese fuego en el alma de la diócesis.

Tiempo de espera y esperanza

El tiempo que estamos viviendo en nuestra diócesis es un tiempo de espera. Y toda espera es, al mismo tiempo, una prueba y una promesa. Cuando faltan vocaciones visibles, el corazón se estremece: sentimos como el silencio de Dios, el peso de la escasez, la preocupación por el futuro, el cansancio de tantos sacerdotes que sostienen con fidelidad comunidades numerosas. Pero no todo silencio es vacío.

El silencio de Dios —como el de Nazaret— es muchas veces preludio de algo grande. Nuestra esperanza no es un optimismo ingenuo, sino confianza en la fidelidad de Dios. Nosotros no esperamos porque lo veamos claro, sino porque confiamos en quien nunca falla. Aun en claroscuro, creer es esperar contra toda esperanza, como Abraham (cf. Rom 4,18).

Dios siempre escucha. Esta certeza atraviesa toda la historia de la salvación. Cuando el pueblo de Israel gemía en Egipto, *«el Señor escuchó su clamor»* (Ex 3,7). Cuando Ana lloraba por no tener hijos, Dios le concedió a Samuel (cf. 1 Sam 1,20). Cuando la Iglesia oraba por Pedro encarcelado, el Señor lo liberó (cf. Hch 12,5).

Dios escucha también hoy el clamor de nuestra diócesis que le pide pastores. No sabemos cuándo ni cómo responderá. Pero sabemos que responderá. Porque Él es fiel. Él no olvida las lágrimas de su pueblo ni las oraciones de sus hijos. La historia entera de la Iglesia es la prueba de esa fidelidad. Pidamos, pues, con perseverancia. Recemos con el corazón, sin desfallecer, con la certeza de que cada rezo, cada Eucaristía ofrecida, cada adoración, cada silencio contemplativo tiene un peso infinito en el corazón de Dios.

Esa fe sencilla y perseverante es la que sostiene a nuestra Iglesia guipuzcoana. El invierno vocacional que atravesamos es una llamada a la conversión pastoral y a un nuevo empeño creativo. Nos invita a mirar más hondo, a revisar el modo en que vivimos la fe, a preguntarnos si nuestras comunidades son espacios donde un joven puede escuchar la voz del Señor y sentirse acogido, si vivimos en «tensión vocacional», si oramos y deseamos las vocaciones.

Que no nos quepa la menor duda. Dios nos está preparando para acoger con mayor gratitud las vocaciones del mañana. Vivamos este tiempo con serenidad. La semilla está plantada, y el Espíritu Santo la hará germinar. Dios nunca deja sin respuesta a un pueblo que ora. Por eso, más que lamentar lo que no tenemos, cuidemos lo que sí tenemos: la fe viva, la comunión, la oración, la esperanza.

Como dice el salmo: *«Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares»* (Sal 126,5). Llegará el día, de hecho, ya está llegando, en que la alegría de ver brotar nuevas vocaciones hará olvidar las horas de espera.

Nos acercamos al final del Jubileo de la Esperanza y del 75º aniversario de nuestra diócesis. Dos acontecimientos que se han iluminado mutuamente y que nos recuerdan que Dios camina siempre con nosotros y que la historia de Dios con su pueblo es siempre una historia de fidelidad, una historia de salvación.

Nada de lo que vivimos es inútil para quien lo vive con fe. La escasez puede ser el umbral de algo nuevo. La espera puede ser semilla de esperanza. Sigamos creyendo, esperando y amando.

El día en que el próximo seminarista llame a la puerta de nuestro seminario comprobaremos una vez más que la esperanza no defrauda. Y daremos gracias juntos, porque Dios habrá escuchado el clamor de su pueblo y porque la confianza salió vencedora una vez más.

Queridos diocesanos y diocesanas, os invito a hacer de esta carta una oración. Llevadla al corazón, compartidla en las comunidades, difundidla ampliamente, rezadla en vuestras parroquias. Que sea como una llama que mantenga encendida la fe y el deseo. El Señor sigue llamando. Nosotros seguimos esperando. Y esa espera —vivida con amor y con fe— es ya un fruto del Espíritu.

Acudamos a la intercesión de nuestra Madre de Arantzazu y pidamos al Señor que su ternura inspire nuestro trabajo con los jóvenes; que su paciencia sostenga nuestra espera; que su mirada materna proteja y cuide a los jóvenes que Dios está ya preparando para ser pastores según su corazón.

In Corde Matris.

San Sebastián, 8 de diciembre de 2025
Solemnidad de la Inmaculada
Día del Seminario

✠ Fernando Prado Ayuso, CMF
Obispo de San Sebastián